

JESSICA ENNIS-HILL

La pulsera
mágica
de Eva



La guarida de los duendes



La pulsera mágica de Eva





La pulsera mágica de Eva

La guarida de los duendes

JESSICA ENNIS-HILL

y Elen Caldecott

Ilustraciones de
Erica-Jane Waters

B Bruño

Título original: *Evie's Magic Bracelet. The Sprites' Den*

© Hodder Children's Books, 2017

© Del texto, Jessica Ennis Limited, 2017

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2020

Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.brunolibros.es

Dirección Editorial: Isabel Carril

Coordinación Editorial: Begoña Lozano

Traducción: Begoña Hernández Sala

Edición: María José Guitián

Preimpresión: José Yugo

ISBN: 978-84-696-2863-8

D. legal: M-7302-2020



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

**Para el abuelo Rod
y la abuela Margaret,
cuyo jardín era un lugar mágico.**

Besos.

J. E-H

**Para Laura,
la mejor compañera de estudio.**

E. C.







Capítulo 1

Eva Hall estaba pensando en magia. Había tenido un encuentro muy interesante con un unicornio, y desde entonces podía ver las relucientes chispas doradas de la magia.

Eva estaba sentada a la mesa, desayunando. Mientras llenaba la cuchara de cereales, se imaginó que los copos dorados



eran discos de oro de luz mágica que flotaban en la leche.

—Eva —le dijo su madre—, ¡deja de fantasear y desayuna de una vez! Hoy tengo que estar en el hospital un poco más pronto, ¡así que deprisita!

Eva se espabiló y tomó una buena cucharada de cereales.

—Buena chica —comentó su madre con una sonrisa.

Eva también sonrió. Su madre no sabía que la magia no era una simple fantasía, sino algo real. Y a veces la magia ocurría allí mismo, en casa de Eva.

En ese preciso instante llamaron a la puerta.

—Es posible que sea el cartero, chicas —comentó la mujer, dejando la taza de té para ponerse en pie.





Lily, la hermana pequeña de Eva, también se levantó de un salto.

—¡Regalos para mí! ¡Regalos para mí!
—chilló la niña.

Al día siguiente era su cumpleaños, y llevaba toda la semana sin hablar de otra cosa que no fueran regalos y fiestas.

Lily siguió a su madre con el mismo entusiasmo con el que *Myla*, la perrita de la familia, seguía a Lily moviendo la cola.

Eva masticó sus cereales pensativamente. A veces ella también recibía regalos de lo más interesantes. A veces la abuela Iris le enviaba pulseras mágicas que le proporcionaban tres días de diversión y aventuras. Eva ya había hablado con animales y había convertido juguetes en seres de carne y hueso. Pero lo más



probable era que Lily tuviese razón y que fuese un regalo de cumpleaños para ella.

—¡Eva! —la llamó su madre desde el recibidor—. Un paquete para ti.

¿Qué? ¡Hurra!

Eva engulló a toda velocidad las últimas cucharadas y fue pitando al vestíbulo. Su madre estaba junto a la puerta abierta, bajo la cálida luz del sol, charlando todavía con el cartero. En la mano tenía un paquete precioso. Eva reconoció el envoltorio. ¡Era de parte de la abuela Iris!

—Qué emocionante —le dijo su madre—. ¿La abuela Iris te manda otra vez uno de sus regalos?

—¡Eso espero! —respondió Eva.

—Qué suerte la tuya —observó la madre de Eva, y ella sonrió.





Lily se sentó encorvada en el último peldaño de la escalera; fruncía el entrecejo como un trol enfurruñado. Seguro que se había enfadado porque el regalo no era para ella.

Eva no le hizo el menor caso y cogió el paquete que le tendía su madre. Un regalo de la abuela Iris se merecía, como mínimo, un baile de celebración. ¡Podría ser una pulsera! Eva saltó, giró sobre sí misma y sacudió los hombros con fuerza en mitad del vestíbulo.

—¡Ten cuidado o le sacarás un ojo a alguien! —exclamó su madre, así que Eva se marchó al salón y cerró la puerta; Lily no debía ver nada.

Parecía como si toda la estancia chisporroteara de emoción cuando la niña se sentó en el sofá para desatar las cintas.





¿Sería una nueva pulsera mágica? Por favor, por favor, que lo fuese. Debajo del papel había una cajita muy mona. Eva levantó la tapa...

¡Sí!

Dentro de la caja había una pulsera preciosa.

Tenía ensartada una hilera de cuentas diminutas e idénticas de color coral. Eva la



sacó y se la puso en la muñeca. De inmediato brotaron chispas doradas por encima de su cabeza... La magia había aparecido porque ella se sentía muy feliz.



—¡Gracias, abuela Iris! —les dijo a las chispas danzarinas.

Sabía que cuando le diera tres vueltas a la pulsera alrededor de la muñeca, brotaría la magia y sucedería cualquier cosa. Mientras duraba el efecto de la pulsera, cada una le daba un poder diferente.

Eva miró dentro de la caja. La abuela Iris solía mandar una nota para explicar el po-



der de la pulsera..., aunque las notas solían ser difíciles de entender. Jamás llegaban con un manual de instrucciones, lo que era una lástima.

Efectivamente, Eva encontró una tarjetita, con un poema escrito con la letra de la abuela Iris.

Procura tener cuidado con lo que piensas. :.
Un camión gigante o un fregadero
de cocina quizá sean solo pensamientos
que pasan, ¡hasta el momento en
que te atrapan!

Genial. No tenía ni idea de lo que quería decir la abuela con su adivinanza, pero le olía a problemas. «Tener cuidado», «te atrapan»... Sería muchísimo más fácil si la



abuela Iris le dijera exactamente qué debía evitar.

Aun así, Eva tuvo la sensación de que, significara lo que significase, acabaría por averiguarlo más pronto que tarde.

Alisó las cintas y el papel de regalo y lo dobló todo esmeradamente. Luego lo guardaría en su caja de manualidades. No tenía clase porque estaban en las vacaciones de verano, pero igualmente se tapó la pulsera con la mano; no quería que Lily le preguntara si podía ponérsela. Su hermanita encontraría la manera de romperla, estropearla o mancharla con sus dedos pringosos de mermelada.

Lily seguía sentada al pie de las escaleras, aunque su madre había vuelto a la mesa. Todavía miraba con cara de trol hacia el lugar donde había estado el cartero.





—No te preocupes —le dijo Eva—. Mañana tendrás tus regalos.

Lily no respondió y se limitó a sacar el labio inferior, como si fuera un diminuto cajón.

—¡Eva! ¡Lily! —las llamó entonces su madre—. Por favor, venid a recoger vuestras cosas del desayuno.

—¿Vienes? —le preguntó Eva a su hermana, pero la pequeña no movió ni un músculo—. Como quieras.

Eva estaba demasiado contenta con su pulsera nueva como para preocuparse por el estado de ánimo de Lily. ¿Qué clase de magia podría hacer? ¿Qué aventuras podría vivir? Y, lo más importante, ¿con qué se suponía que debía tener cuidado?

En la sala solo estaba *Myla*, que dormía ovillada debajo de la mesa. Su madre ha-



bía recogido las cajas de cereales para llevarlas a la cocina. Allí solo quedaban los cuencos y los vasos sucios.

Eva estaba sola.

Aquella era la oportunidad perfecta para ver qué podía hacer la pulsera. Eva la rodeó con la mano izquierda y la giró una vez, dos, tres...

De inmediato, una cinta de luz dorada se enroscó por su brazo, serpenteando hacia sus dedos.

—¡Eva! —la llamó su madre desde la cocina—. Tráeme los vasos sucios, por favor.

Eva la oyó a medias. Estaba demasiado ocupada contemplando cómo las chispas mágicas se retorcían y giraban.

—¡Eva! ¡Los vasos de zumo! —gritó su madre, llenando el fregadero de agua caliente.



Eva pensó en un vaso de zumo.

¡Ping!

Un vaso de zumo apareció en el aire delante de ella.

¡¿Qué?!

Se quedó allí revoloteando una milésima de segundo. El cristal reflejaba la luz dorada de la muñeca de Eva y el zumo chapoteaba levemente dentro del vaso.



Luego, como si el vaso se hubiese dado cuenta de que no había nada sujetándolo, cayó al suelo y aterrizó estrepitosamente.

El zumo se derramó por todas partes, salpicando la alfombra, las patas de la mesa y las sillas, y el cristal se hizo añicos.

Myla pegó un salto, asustada, debajo de la mesa.

Eva soltó un grito ahogado.

¿Qué acababa de pasar?

—¡Oh, Eva! —exclamó su madre, que llegó corriendo al oír el ruido—. ¿Se te ha resbalado el vaso? Ten cuidado con los pies. No te muevas; iré a por el recogedor. *Myla*, fuera de aquí, venga, al jardín. No quiero que te cortes las patas.

Las dos salieron juntas de la estancia.

Eva se quedó plantada junto al vaso roto, que había aparecido en el preciso instante



en que ella había pensado distraídamente en él.

Recordó la nota de la abuela Iris: «Procura tener cuidado con lo que piensas». El objeto en el que había pensado acababa de aparecer en mitad de la sala de estar, conjurado por la magia. La verdad es que tenía mucha suerte de no haber pensado en un camión gigante. La casa habría reventado. La abuela Iris tenía razón: debía tener cuidado.







Capítulo 2

La madre de Eva mandó a *Myla* al soleado jardín y luego regresó a la sala con un recogedor y un cepillo.

—Ya lo haré yo —le dijo Eva—. Siento que se me haya caído el vaso.

No quería que su madre recogiera los cristales por si desaparecían en cuanto los tocara, o por si se convertían en gelatina



o en algo igualmente sospechoso... Al fin y al cabo, el vaso estaba hecho de magia.

—No, gracias, Eva, tampoco quiero que te cortes tú. Supongo que hoy no voy a poder llegar pronto al trabajo. Seguramente era demasiado pedir para una simple mañana.

—Lo siento —repitió Eva.

—Oh, no te preocupes. Ha sido un accidente. El mundo no se acaba por esto —replicó, y fue dejando caer los trozos de cristal en el recogedor con un suave tintineo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la voz de Lily desde el umbral—. ¡He oído un ruido tremendo!

Parecía un poco más animada después de la desilusión del cartero... Probablemente le alegraba que Eva se hubiese metido en un lío.



